

En casa de Dulcinea del Toboso

Escribe: MANUEL JOSE FORERO

Aquí estoy, en casa de Dulcinea del Toboso, a donde he llegado en compañía del muy ilustre colombiano padre Félix Restrepo, del celebrado prosista y poeta Eduardo Carranza, y de los gobernadores civiles y espirituales del lugar manchego.

Aquí estoy, dentro del recinto a donde acudió mil veces el pensamiento de Cervantes en busca de inspiraciones generosas, y al amparo de una techumbre que hubiese hecho suya Don Quijote si los encantadores malignos no le hubiesen negado tanta ventura.

A la estrecha calle hemos llegado después de haber recorrido otras igualmente estrechas y recatadas. Los muros recios nos recuerdan a cada paso que nos hallamos en España, nación hecha de tradiciones firmes y vigorosos empeños.

El viejo hogar de Dulcinea conserva en buen estado la fachada magnífica, en la cual los ojos del espíritu ven más, mucho más, que los ojos de carne con que la miraron los trajinantes del siglo dieciséis y los vecinos que jamás columbraron los destellos de su inmortalidad.

La fuerte masa con que los arquitectos aldeanos levantaron esta

mansión ha permitido a los hijos actuales de España agrupar en torno de ella a cuantos creen en la superioridad del pensamiento y en la contextura perdurable de los ideales humanos.

El ambiente del Toboso concuerda en todo con la gallarda disposición de que logró llenar Don Miguel de Cervantes el mundo inabismable de Castilla en los tiempos de Marcela y Cardenio, de la Ilustre fregona y del Caballero del verde gabán.

Al pasar el umbral de la casa de Dulcinea nos saludan las brisas de primavera recién llegadas de los campos de esta provincia. En ellos se movió Don Quijote armado de todas armas, en ellos respiraron los enemigos de su caballeridad nunca vencida, y en ellos continúan viviendo los herederos de un imperio moral mucho más duradero que los forjados por la industria guerrera de los años antiguos.

Ciertamente apesadumbran el corazón estas ruinas del interior de la casa. Quisiera uno ver intacta la amplia sala penumbrosa, erigidas las pilastras augustas, colmada de majestad la bóveda exquisita.

Quisiera uno recorrer las alcobas y los desvanes, el patio primero y la huerta postrera, con el propósito de hablar con Dulcinea y de adivinar en sus grandes ojos de castellana la sorpresa que le causaba el verse amada por un caballero que jamás contempló sin desmayo su semblante apacible.

Los siglos transcurridos sobre El Toboso han destruído en parte lo que fue el primero de sus alcázares lugareños. La yerba humilde atestigua la vitalidad de aquel suelo que sustentó el ir y venir de la doncella a quien visitó Sancho. Mal podía visitar a tan alta señora el símbolo preciso y determinado de la rusticidad que no comprende, de la codicia mínima que no estima, de la mala memoria que no aprende y de la torpeza que rebaja todo lo grande.

Algunas espigas se acercan a nosotros impulsadas por el viento ligero que sacude las breves ramas de los árboles del Toboso. Con mano ávida las desprendemos del tallo, para traer a América con nosotros algo brotado en aquella tierra regada por las aguas del genio.

A la dueña de Don Quijote se refiere Cervantes en muchos lugares de su libro. En el capítulo primero manifiesta: "Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando halló a quién dar nombre de su dama". Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado... "Llamábase Aldonza Lorenzo, y a esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos...".

Sobre su calidad declara en el capítulo treinta y dos de la parte segunda: "Dulcinea es principal y

bien nacida; y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso (que son muchos, antiguos y muy buenos) a buen seguro que no le cabe poca parte a la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros sitios, como lo ha sido Troya por Elena y España por la Cava, aunque con mejor título y fama".

Y en la conversación memorable entre Don Quijote y la duquesa agrega el primero al referirse a Dulcinea: "La contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son, hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linaje, a causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas".

Solamente un grande amor pudo poner en la pluma de Cervantes las palabras transcritas y otras muchas en su libro estupendo.

* * *

En la entrada, a la mano derecha la casa de Dulcinea tiene hoy un granero. Allí mismo están en estos momentos esparcidos algunos fragmentos de la "tobosesca tinaja" destinada a guardar el buen vino de la cosecha próspera. Para Don Quijote llegaron a ser tales tinajas objetos sagrados dignos de veneración y de recuerdo.

¡Gratísimo sería para los visitantes del Toboso la restauración de este hogar en cuya mesa todos los españoles de Europa y de América tienen un sitio reservado!

La imaginación se complace en evocar las escenas de la vida ordinaria en esa mansión predestinada; ella también se lanza ambiciosamente en pos de los pobladores del Toboso, a quienes adivina en medio del ayer circundando unas veces a Dulcinea y otras a los hidalgos que tuvieron parte con ella en el dominio del suelo patrio.

A estos últimos pertenecieron las mansiones cuya concurrencia condiciona e informa al ser de esta villa. Con irregularidad encantadora se apoyan unas en otras, se entrelazan y se protegen bajo la tutela de la iglesia mayor, cuya torre data del año 1550.

Todo aquí es muy antiguo pero nada es contrario al ambiente natural del paisaje. La inmensa llanura ostenta sobre el pecho la austera joya del Toboso como si fuese algo consustancial con ella misma.

Los altos balcones de muchas casas tobosescas guardan estrecha relación artística con las rejas de sus ventanas, tal como las vemos desde un rinconcillo propicio a la ensoñación y a la leyenda. El cielo azul concurre a darle hermosura al conjunto de los portones claveteados y de los pilares solemnes, con la luz que guardó codicioso detrás de las brumas del invierno que ahora definitivamente se despide.

Los precarios mercaderes que cruzan a nuestro lado y dejan una nota de severidad al lado de los chiquillos juguetones de este barrio inolvidable de La Mancha, representan a nuestros ojos algo de la continuidad histórica evocada con tanta destreza por Cervantes, y mucho de la perpetuidad espiritual definida por Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Pueblo de

pastores fue este cuyo aire estamos respirando, pueblo de cristianos viejos y de apóstoles ejemplares en la dilatación de la Doctrina.

Hemos visitado el templo parroquial y en él oído la entusiasta y jovial palabra del presbítero Don Tirso Cid, apegado a su aldea como debe hacerlo todo buen pastor de almas, a las ovejas del rebaño de Cristo. En cuanto a la arquitectura interior del templo hemos de expresar nuestro juicio, pues nos pareció más próximo a los conceptos del arte romano que a las nociones del arte peninsular, tales se muestran su reciedumbre y señorío.

En la Biblioteca Cervantina el diligentísimo y muy culto alcalde del Toboso nos agasaja finalmente, al poner en nuestras manos ediciones del *Quijote* en lenguas orientales y al señalarnos otras varias de cualidades nada comunes, con autógrafos insignes. El honrado refrigerio del convento más antiguo fue servido luego, en celda que abrió para nosotros la bondad de las monjas entregadas allí a la contemplación de las cosas divinas.

Hemos vivido todos, siquiera por algunos momentos, en el ambiente de prodigio que suspende en el tiempo lo irreal y lo físico, lo etéreo y lo palpable. En Europa es posible este fenómeno, como puede demostrarlo fácilmente la presencia de Tanhauser en el castillo de Wartburg y la de Dulcinea en su casa paterna del Toboso.

Cuando dijimos adiós a los principales señores del lugar y a las piedras y a los jardines, sentimos la profunda melancolía que viene al día de hoy desde los tiempos lejanos del Ingenioso Hidalgo.